

giones eran otras. Y así como hubo Césares nacidos en Hispania, así también en el siglo IV hubo un papa español, san Dámaso, que fue quien comisionó a san Jerónimo para que editara la Biblia en la lengua de Roma.

La literatura latina ostenta nombres de grandes escritores hispanos, no en la "edad de oro", exclusivamente italiana —representada por poetas como Virgilio y Horacio y por prosistas como Cicerón y Tito Livio—, pero sí en la subsiguiente "edad de plata". Los más antiguos son dos retóricos o maestros de elocuencia, Porcio Latrón y Séneca el Viejo, y un tratadista de mitología, Higino, bibliotecario de Augusto. Después hubo toda una pléyade: Séneca el Joven, preceptor de Nerón, autor de tragedias y de obras filosóficas; su sobrino Lucano, que en la *Farsalia* narró épicamente la pugna entre César y Pompeyo; Marcial, maestro del epigrama; Quintiliano, el máximo compilador de la doctrina retórica aprendida de los griegos; Pomponio Mela, geógrafo; Columela, tratadista de agricultura. En la época cristiana no hubo escritores hispanos de la talla de san Agustín y san Jerónimo, pero hay que mencionar a un polemista famoso, Osio de Córdoba, gran impugnador de la "herejía" de Arrio (sobre la cual véase adelante, pp. 85-86), y a dos excelentes poetas, Juvenco y Prudencio, el segundo de los cuales, en obras muy leídas desde sus tiempos hasta el Renacimiento, cantó a los mártires del cristianismo y celebró las virtudes de la nueva religión.

LATÍN HABLADO Y LATÍN ESCRITO

La lengua literaria y la lengua hablada pueden estar muy cerca la una de la otra, alimentándose y guiándose mutuamente, y pueden también estar a enorme distancia una de otra; pero, en cualquier caso, el lenguaje de la literatura (y, por lo general, más el de la poesía que el de la prosa) suele ser una selección y una estilización, una especie de lenguaje aparte, mediante el cual se dicen cosas que no se han dicho en el idioma común y corriente, o se dicen cosas conocidas en una forma en que nadie las había dicho. Una gramática y un diccionario elaborados "de acuerdo con el uso de los buenos autores" serían muy útiles, desde lue-

go, pero no para enseñar la lengua tal como se habla. Así como la poesía de Rubén Darío y la prosa de Martí no dan una idea muy precisa del español hablado en Nicaragua y en Cuba, así la obra de Osio y Prudencio no sirve para saber cómo se hablaba en la España cristiana, ni la del filósofo Séneca para tener una idea precisa del latín que se oía en las calles de Córdoba —ni, por lo demás, la de Cicerón y Virgilio para darnos una imagen exacta de la lengua del pueblo romano (o italiano) de esos tiempos. Son, todos ellos, productos refinados, hechos sin ninguna intención de realismo lingüístico, cosa que se puede decir, en general, de cualquier literatura.

Más aún. La literatura latina estuvo, desde sus comienzos mismos, especialmente divorciada de la lengua hablada por el común de la gente. Es muy poco lo que se conoce anterior al siglo III a.C., pero, aun en el caso de que ya hubiera habido algo parecido a una literatura, ésta quedó aplastada por la que en ese siglo inauguró el poeta Livio Andrónico, traductor y adaptador de los griegos. La literatura latina no nació lentamente del "pueblo" (como la griega y como tantas otras): decidió, por así decir, abreviar camino y, al igual que casi todas las demás instituciones sociales de Roma, sin excluir la religión, se dedicó durante siglos a beber en esas fuentes ilustres.

Es verdad que también la lengua del pueblo romano (e italiano) estaba tomando del griego muchas voces "elementales" de cultura inexistentes hasta entonces en latín, como *cámara* 'habitación', *bálneum* 'baño', *án-cora* 'ancla', *chorda* 'cuerda', *cítthara* y *ámphora* y *púrpura* (*porphyra* en griego). Pero en un Cicerón, en un Virgilio, la proporción de helenismos —y helenismos no sólo de vocabulario, sino también de sintaxis, y hasta "de pensamiento" o "de sentimiento"— está, ostentosamente, muy por encima del nivel medio popular. La lengua literaria tuvo así, desde sus principios, leyes especiales. Y si en muy poco tiempo se esfumaron las diferencias entre la "cultura superior" de Grecia y la tosca cultura de la vieja Roma, también hizo falta muy poco tiempo para que se exacerbara, esta vez en el interior del mundo romano, la diferencia entre "cultura superior" y hábitos toscos, entre lengua literaria y lengua coloquial. Horacio odiaba al "vulgo profano", a la mayoría chata. Se ha observado

que, en comparación con las pocas palabras que designan en latín a la 'persona educada', abundan notablemente en la literatura (escrita por personas educadas) las designaciones despectivas del lerdo, del zafio, del obtuso, del patán, del salvaje que se resiste a la civilización, y, en lo que se refiere al lenguaje, los sinónimos de 'rústico', 'bárbaro', 'extranjero'. (¿No se oye hablar todavía de "expresiones rústicas", de "voces bárbaras", de "extranjerismos"?)

Pero, más que emitir juicios acerca del concepto que los romanos tenían de la cultura, lo que importa es reconocer una realidad, un hecho de enorme importancia para el desarrollo del español y de las demás lenguas romances: la diferencia entre "latín clásico" y "latín vulgar". El español y las demás lenguas romances, en efecto, no proceden del latín empleado por los supremos artífices del lenguaje, sino del latín de la gente corriente y moliente, el latín hablado en las casas, en las calles, en los campos, en los talleres, en los cuarteles. (El latín vulgar es al latín clásico lo que el *prácrito* al sánscrito.)

Imposible negar el papel formador de Cicerón y Virgilio, y de sus contemporáneos y sucesores, así paganos como cristianos (digamos Ovidio y Ausonio; digamos Boecio y san Gregorio). Sus obras han llegado a nosotros gracias a que fueron copiadas y recopiadas una y otra vez, hasta el siglo xv (cuando los impresores sustituyeron a los copistas), por una gran cadena humana interesada en mantener, si no todo un concepto de cultura, por lo menos un ideal de lengua. Los ejecutores de esa tarea fueron el gramático, el monje, el *litteratus*, el *cléricus*. (De *litteratus* viene la palabra española *letrado*, que llegó a significar 'abogado' o 'leguleyo'; de *cléricus* viene la palabra francesa *clerc*, con que se designa todavía al "intelectual".) Además, está fuera de duda que esos transmisores consiguieron implantar su ideal en buena parte de Europa: durante toda la Antigüedad tardía y toda la Edad Media estuvo vigente un canon o lista oficial de *auctores* admirables y dignos de imitación, un canon en que se hacía cada vez más difícil hacer adiciones.

Podemos tomar como paradigma el caso de Virgilio.* La obra de este

*Virgilio (70-19 a.C.), poeta de la armonía y la serenidad, cantor de amores y paisajes pastoriles (*Bucólicas*) y de las labores pacíficas del campo (*Geórgicas*), fue también, para

"padre de la cultura occidental" estaba allí, perfecta, inmóvil en su perfección —y cada vez más difícil de entender, de manera que los profesores de literatura se dedicaron a explicarla y comentarla. A fines del siglo iv, o sea 400 años después de la muerte de Virgilio, cuando circulaban ya muchos de esos comentarios, el gramático Elio Donato (entre cuyos discípulos estuvo el futuro san Jerónimo) compuso una extensa *Ars grammatica*, y su contemporáneo Servio hizo una detallada glosa de las tres grandes obras de Virgilio. Donato y Servio fueron imprescindibles durante toda la Edad Media. La lengua literaria se había petrificado (o marmoreizado) mientras la lengua popular seguía su marcha. Y así, en el imperio romano-cristiano, un mundo que *hablaba latín*, las escuelas acabaron por servir ante todo para *enseñar latín*, y no a todos los muchachos, sino a una minoría. Que los gramáticos consiguieron implantar su ideal cultural/lingüístico, en este caso su culto a Virgilio, se ve por los siglos y siglos que duró una poesía europea escrita en un latín y en unos metros clásicos escrupulosamente aprendidos, fruto de escuela, de sudor y de mordedura de uñas.

Loor a esos gramáticos y letrados latinos y latinizantes que nos transmitieron la obra de los clásicos latinos. (Y lástima que se hayan quedado cortos. Muchas cosas se perdieron. Del *Satyricon* de Petronio no nos han llegado sino fragmentos.) Ellos lograron que Terencio y Virgilio siguieran teniendo lectores. Lo que no lograron fue acabar con las "incorrecciones" que iban acumulándose en el habla de la gente. Y no por falta de esfuerzo: a lo largo del tiempo, para ayudar a los alumnos, varios profesores compilaron "apéndices" o suplementos prácticos del manual

dóxicamente, el cantor del arroyo militar que aseguró el dominio "universal" de Roma en tiempos de Augusto. Tal es el tema de la *Eneida*, su obra maestra. Pero, a diferencia de su contemporáneo Tito Livio, historiador de los episodios reales o semirreales que llevaron a Roma de la insignificancia a la grandeza, Virgilio, inspirado en la *Iliada* y la *Odisea*, trató más bien de darle a Roma un pasado mítico, y convirtió a Julio César en descendiente del legendario Eneas, héroe troyano que salió de su patria destruida y peregrinó y sufrió y peleó para cumplir su divino destino de creador de un imperio. El mensaje central de Virgilio se encuentra en el centro justo de la *Eneida*, puesto en labios de Anquises, padre de Eneas: "Tú, oh romano, acuérdate de mantener a los pueblos bajo tu imperio. Sean éstas tus artes: implantar las leyes de la paz, tratar con benevolencia a los sometidos, y reprimir a los altaneros".

de Elio Donato. Entre los "apéndices" que sobreviven hay uno muy notable, llamado *Appendix Probi* porque se atribuyó —falsamente— a un erudito de la época clásica, Valerio Probo. (El *Appendix* es anónimo y parece haberse hecho en el siglo VI, pero por comodidad seguiré llamando "Probo" al autor.) "No digas así, di de esta otra manera, que es la correcta": tal es la estructura del librito. Pero sus formas "correctas" no tienen el menor interés (son las del archiconocido latín literario). Lo que sí tiene enorme interés, lo que ha hecho la fama del "Apéndice" de Probo es lo otro, lo incorrecto y vulgar y grosero que él está censurando. Se puede decir que Probo no falla nunca: siempre acierta, pero al revés de como él pretendía. Gracias a su prurito castigador y desterrador de palabras del vulgo, tenemos unas muestras preciosas de cómo se hablaba en realidad. Su "lista negra" es una lista de oro para los filólogos. En el pleito entre Probo y el vulgo reprobado, quien tuvo la razón (no la razón estética, ni científica: la desnuda razón histórica) fue decididamente el vulgo.

Debió haber habido muchas de esas listas negras, todas ellas parciales y locales, puesto que los "vicios" no eran exactamente los mismos en todo el mundo de habla latina, todas ellas provisionales e incompletas, puesto que el latín hablado seguía en todas partes su camino. Así como los fenómenos lingüísticos actuales nos dan luces acerca de los del pasado, así también la actitud de los gramáticos modernos nos ayuda a explicar la de los antiguos. No hay que olvidar, por otra parte, que todos los hablantes llevamos en nuestro corazoncito un Probo en potencia, el cual entra en acción cada vez que se nos escapa, de manera fatal y mecánica, un "No digas *yo cabo*, se dice *yo quepo*", un "No digas *cuando vuélvamos*, se dice *cuando volvamos*". Y ese gramático interior y agazapado es una institución, una academia en germen. El horror al cambio y a las costumbres distintas de las propias siempre ha existido. Si toda la vida he dicho "*les* escribo a mis amigos" y "de acuerdo *con* el uso", nada más natural que reprobar a quienes dicen "*le* escribo a mis amigos" y "de acuerdo *al* uso", formas ajenas a mí, a mi manera de vivir la lengua española; y lo único que me hace falta para demostrar —con abundancia de buenas razones— que yo estoy bien y los demás están mal, que lo correcto es "*les* escribo" y "de acuerdo *con*", es sentirme

gramático profesional. Probo y sus congéneres fueron unos profesionales del horror a lo nuevo, a lo incorrecto, a lo *vulgar*. Lo triste, para ellos, es que rara vez ese horror profesional ha conseguido detener el cambio en su carrera.

La ciencia lingüística moderna nació en el momento en que los filólogos y dialectólogos del siglo XIX, en vez de profesionalizar un horror tan primario y elemental, profesionalizaron la voluntad de no horrorizarse de nada, o sea la voluntad de entender. El lenguaje quedó entonces como purificado. Tan cien por ciento hablante de un idioma es el campesino más inculto como el académico más refinado. Al lado de un texto de fray Luis de León puede ponerse una expresión "vulgar" de Cespedosa de Tormes o de Santiago del Estero. Quienes dicen *setiembre* y *lo bohque* son tan perfectos hablantes de español como quienes dicen *septiembre* y *los bosques*, y si alguien insiste en sentir como "vulgares" las dos primeras formas, su sentimiento no cuenta. De esa manera la expresión *latín vulgar* ha quedado completamente desvilificada y se ha convertido en un término técnico de inmensa utilidad para quienes reconstruyen las etapas iniciales de las lenguas romances. El latín vulgar se puede llamar también *protorromance*.

EL LATÍN VULGAR

La reconstrucción del indoeuropeo ha sido lenta; la del latín vulgar no lo ha sido tanto: tenemos en este caso documentos abundantes y directos a nuestro alcance. Los "romanistas" han escrutado minuciosamente las comedias de Plauto, han interrogado hasta lo último el lenguaje del *Satyricon* de Petronio y el de ciertos pasajes del *Asno de oro* de Apuleyo; han registrado cada "falta de ortografía" y cada "error gramatical" de los documentos escritos y de los miles de inscripciones que los romanos dejaron en tierras del imperio a lo largo de los siglos; y, sobre todo, no se cansan de buscar en cada detalle de las lenguas romances actuales (y de sus respectivas literaturas, y de sus respectivos dialectos) la pista que podrá llevarlos hasta ese latín vulgar que rara vez se escribió en cuanto

avía	<i>aviola</i>	abuela
equus	<i>caballu(m)</i>	caballo
vocare	<i>clamare</i>	llamar
édere	<i>comédere</i>	comer
agnum	<i>cordáriu(m)</i>	cordero
cava	<i>cova</i>	cueva
unde	<i>de unde</i>	donde
dóminum	<i>domnu(m)</i>	dueño
loqui	<i>fabulare</i>	hablar
vis	<i>fortia</i>	fuerza
frigidum	<i>fridu(m)</i>	frío
frater, soror	<i>germanu(m), -a(m)</i>	hermano, -a
cantáveram	<i>habeba(m) cantatu(m)</i>	había cantado
íntegre	<i>íntegra mente</i>	enteramente
ludum	<i>jocu(m)</i>	juego
légere	<i>legére, leyére</i>	leer
pulchriorem	<i>magis formosu(m)</i>	más hermoso
malum	<i>matiana (mala)</i>	manzana
mutare	<i>mudare</i>	mudar
mu-lí-e-rem	<i>mu-lié-re(m)</i>	(muller) mujer
altíssimum	<i>multu(m) altu(m)</i>	muy alto
vespertilio	<i>mure(m) caecu(m)</i>	(mur ciego) murciélago
óculum	<i>oclu(m)</i>	(ollo) ojo
odorem rosae	<i>odore(m) de illa rosa</i>	olor de la rosa
mulgere	<i>ordiniare</i>	ordeñar
aurícula	<i>oricla</i>	(orella) oreja
puer	<i>ninnu(m)</i>	niño
pa-rí-e-tem	<i>pa-rié-te(m)</i>	pared
pásserem	<i>pássaru(m)</i>	pájaro
pi-grí-ti-a	<i>pi-gri-tia</i>	pereza
fragmentum	<i>pitaccium</i>	pedazo
pervenire	<i>plicare</i>	llegar
posse	<i>potere</i>	poder
interrogare	<i>praecunclare</i>	preguntar
velle	<i>quaérere (kerére)</i>	querer
rivum	<i>ríu(m)</i>	río
os	<i>rostru(m)</i>	rostro
genu (rótula)	<i>rotella</i>	(rodiella) rodilla
strépitus	<i>rugitu(m)</i>	ruído

scribere	<i>scribtre</i>	escribir
cláudere	<i>serare</i>	cerrar
sensum	<i>sessu(m)</i>	(siesso) seso
ensis, gládus	<i>spatha</i>	espada
tértium	<i>tertiáriu(m)</i>	tercero
laborare	<i>tripaliare</i>	trabajar
uti	<i>usare</i>	usar
vétulum	<i>vetlu(m), veclu(m)</i>	(viello) viejo
vínea	<i>vinia</i>	viña
núptiae	<i>vota</i>	boda

Comencemos con **olorem de illa rosa* (los vocablos precedidos de asterisco van a remitir a la lista anterior). Las funciones que en latín clásico se habían expresado mediante desinencias de “casos”, incorporadas a la palabra respectiva (*rosa* ‘la rosa’, *rosae* ‘de la rosa’, *rosarum* ‘de las rosas’, *rosis* ‘con rosas’, etc.), en latín vulgar se expresaron mediante preposiciones, y así la función del caso “genitivo” *-ae* quedó a cargo de la preposición *de*. De los seis casos del latín clásico no sobrevivió sino el “acusativo”, que originalmente sólo servía para indicar objeto directo; desapareció así el “nominativo”, que indicaba el sujeto de la oración: *mujer* y *pared* no vienen de los nominativos clásicos *mulier* y *paries* (esdrújulos: *mú-li-er*, *pá-ri-es*), sino de los acusativos vulgares **muliére(m)* y **pariéte(m)*. (Por eso muchas palabras de la lista están en acusativo, reconocible por la *-m* final: *álacrem*, *agnum*, etc. Esta *-m* va entre paréntesis en la columna central porque no se pronunciaba.) La expresión **olorem de illa rosa* hubiera significado en latín clásico algo así como ‘olor procedente de aquella rosa’ (una rosa lejana), o bien ‘olor caído (o sacado) de aquella rosa’: la preposición *de* tenía una fuerza significativa que perdió al convertirse en mera articulación gramatical. (En **de unde*, el *de* era pleonasma, pues *unde* significaba ya por sí solo ‘de donde’; el *de* de nuestra expresión *de donde* resulta así un segundo pleonasma.) Por último, en **olorem de illa rosa* aparece una parte de la oración que no existía en latín clásico (y que sí existía en griego): el artículo. Nuestros artículos definidos *el*, *la*, proceden de los pronombres *ille*, *illa*, que significaban ‘aquel, aquella’, con un valor

demonstrativo que perdieron al convertirse, como la preposición *de*, en mera articulación gramatical.

Los cambios de pronunciación que figuran en la lista no son difíciles de entender. Hay sonidos que se pierden, sonidos que son sustituidos por otros, acentos que se desplazan, etc. Véase, por ejemplo, **rtum*, **mudare*, **sessum*, **legére*. El *légere* clásico se pronunciaba LÉGUERE; el **legére* vulgar se pronunciaba con una *g* parecida a la del italiano *genre* o del francés *genre*, sonido completamente nuevo (por comodidad, podría escribirse LEYÉRE, con una -y- no muy distinta de la que suele oírse en la forma española *leyeron*). Tampoco es difícil de entender el cambio de la palabra esdrújula *paríetem* a la palabra llana **pariétem*: es el cambio que hacen hoy quienes en vez de *Iltáda* dicen *Iliáda*. En **alécrem* y en **scribíre* —que se pronunciaba más bien SCRIVÍRE— hay cambios de vocal además del cambio de acento. El cambio *odorem* > **olorem* ya se ha visto (p. 25). En el caso de **cova* no hubo propiamente cambio de pronunciación, sino que se adoptó y sustantivó un adjetivo ya existente en latín arcaico, *cova* ‘hueca’.

Me detendré en **domnu(m)* para llamar la atención sobre dos fenómenos. El primero se refiere al acento. El latín clásico, para decirlo a nuestra manera, era riquísimo en palabras esdrújulas, cuya penúltima sílaba (la que seguía a la acentuada) tenía una vocal “breve”, de tan corta duración que llegó a ser imperceptible. El latín vulgar anuló esas sílabas penúltimas, y *dóminum* quedó en **domnu(m)*. La misma historia se nos muestra en **auca*, **fridu(m)*, **oclu(m)*, **oricla* y **vetlu(m)*. Se puede formular una “regla” según la cual las vocales penúltimas de los esdrújulos clásicos se volatilizan en el latín vulgar de España, y aún más en el de Francia (a “la tragedia de la penúltima” dedicó Mallarmé un poema en prosa). En cambio, la sílaba acentuada de esos esdrújulos clásicos fue prácticamente inmune al desgaste: hay voces que se desplomaron de tal modo que ahora, sobre todo en francés, no conservan sino una de sus tres o cuatro sílabas originales, y la parte vocálica de este monosílabo procede siempre de la sílaba acentuada (*avínculus* > *oncle*, pronunciado ONKL). Obsérvese cómo en **fridu(m)* no sólo desapareció la vocal, sino también la consonante: la pronunciación *frigdu* o

fridydu resultaba insostenible. En el caso de **auca*, conviene notar que la palabra *ávica* (cuya *v* se pronunciaba como la *w* inglesa: AWICA) ha sido “reconstruida” a partir de **auca*, palabra que pasó de un significado amplio (‘ave’, o quizá ‘ave de corral’) a otro muy preciso: el de ‘ganso’ (o sea *oca*), a pesar de que el ganso tenía su nombre en latín: *ánser*, acusativo *ánserem*.

El otro fenómeno que se nos muestra en **domnu(m)* se refiere a la duración de las vocales. En latín clásico había diez vocales, cinco largas y cinco breves. Teóricamente, una larga duraba en su pronunciación el doble que una breve (si la larga se representa con una negra, la breve se representará con una corchea). El “ritmo” de la palabra *domare*, cuya sílaba *do-* es breve, no era como el de la palabra *donare*, cuya sílaba *do-* es larga. Y la diferencia de duración acarrea una diferencia de timbre: las vocales breves se pronunciaban con la boca más abierta. Pero la oposición entre breves y largas, sobre la cual está fincada la prosodia del latín clásico, quedó sustituida en el latín hablado por la oposición entre sílabas acentuadas (largas o breves) y sílabas no acentuadas. El latín vulgar es ya una lengua “acentual”. Mantuvo, sin embargo, la distinción entre vocales abiertas y vocales cerradas, particularmente en el caso de la *o* y de la *e*. La *i* breve de *dóminum* desapareció, como se ha visto, mientras que la *o*, breve también, no sólo se mantuvo por ser la acentuada, sino que “acentuó” su apertura hasta el grado de convertirse en diptongo; en el latín vulgar hispano **domnu(m)* se pronunciaba probablemente DUOMNU, o incluso DUONNU, que ya está cerca de *dueño*. (Como se verá después, pp. 125-126, la estabilización del diptongo *ue* fue lenta: *porta* vaciló entre *puorta* y *puarta* antes de quedarse en *puerta*.) Este como refuerzo de apertura sólo se dio en las vocales acentuadas. Es claro, por ejemplo, que en *domnu(m)* *Joanne(m)* y *domna Joana* la *o* de *domn-* perdía el acento (con lo cual la palabra se convertía en un proclítico), y así el resultado no es *dueño Juan* y *dueña Juana*, sino *don Juan*, *doña Juana*. El resultado de **potére* no es *pueder* sino *poder*; pero el resultado de *potet* (3ª persona de presente indicativo) sí es *puede*. También es abierta y acentuada la *o* de **cova*, de **fortia* y de **jocum*, cuyos resultados tienen diptongo. En cambio, la *o* cerrada y

acentuada nunca se diptongó: la palabra latina *dote(m)* sigue siendo *dote* en español.

Lo dicho para la *o* abierta vale también para la *e* abierta, sólo que aquí el resultado final fue el diptongo *ie*: **vetlu(m)* se hizo *viejo* y el *caecu(m)* de **mure(m) caecu(m)* se volvió *ciego*. También *equa*, con su *e* breve y acentuada, se convirtió en *iegua*, o sea *yegua*. En cambio, la *e* de *plénium* es cerrada y se conservó sin alteraciones: *lleno*.

En la primera columna abundan los esdrújulos; en la tercera hay sólo dos, *pájaro* y *murciélago*, lo cual muestra gráficamente el papel “desesdrújulizador” que tuvo el latín vulgar. La palabra *pássar* es una de las condenadas por Probo: en latín “correcto” se decía *pásser*. Por otra parte, el acusativo clásico era *pásserem*, no **pássarum*; y además, *pásserem* era sólo el gorrión, mientras que *pássarum* vino a ser toda ave pequeña, todo *pájaro*. (Parecida es la historia de *ánsar*. “No se dice *ánsar*, sino *ánser*”, clamaba Probo; pero el *ánsar* español viene del *ánsare(m)* latino vulgar.) La evolución de **pássarum* es anormal: como la penúltima vocal es breve, el producto español “debió” haber sido *pasro* (o *parro*), no *pájaro*. Es razonable decir que la conservación del esdrújulo obedeció a la influencia de los sufijos átonos que hemos considerado (p. 43) como fenómenos de sustrato prerromano: las palabras *bálago*, *gándara*, *sótano*, etc. denotan una tendencia esdrújulista capaz de evitar en algunos casos la “tragedia de la penúltima”. El apoyo de esos sufijos prerromanos debe haber impedido que palabras como *cántharus*, *órphanus* y *vípera* dejaran de ser esdrújulas en el latín vulgar hispano: sus descendientes son *cántaro*, *huérfano* y *víbora*. Y en cuanto al otro esdrújulo de la tercera columna, o sea el correspondiente a **mure(m) caecu(m)*, ya vimos que su terminación es típicamente “ibérica”. (El resultado normal, *murciego*, se usó también en español antiguo, y en portugués se sigue diciendo *murcego*.)

Al desesdrújulizarse, la palabra **pigrítia* convirtió sus dos últimas sílabas, *ti* y *a*, en una sola, cuya pronunciación pasó de *-tia* a *-tsia*: *PIGRITSIA*. También **fortia*, **matiana* y **tertiariu(m)* se pronunciaban *FORTSIA*, *MATSIANA* y *TERTSIARIU*. Este sonido *t̄s* no existía en latín clásico: fue adquisición del latín vulgar. Otra adquisición, la del sonido *ge*

del italiano *genere*, ya ha quedado mencionada a propósito de **legere*. El nombre de Cicerón, *Ciceronem*, pronunciado *KIKERÓNEM* en latín clásico, tuvo suertes diversas en latín vulgar: en algunos lugares el resultado fue *TSITSERONE*, con un sonido *ts* parecido al de *FORTSIA*; en otros lugares el resultado fue *CHICHERONE*, con ese sonido *ch* tampoco conocido antes en latín. (El sonido *k* de las sílabas *ce* y *ci* no sobrevivió sino en Cerdeña.) Tampoco había *ll* en latín clásico. La tercera palabra de nuestra lista se pronunciaba *extól-lere*, con dos *eles*, o más bien con una *ele* prolongada, que en latín vulgar acabaría pronunciándose más o menos como esa *elle* “española” que en el idioma actual tiende a desaparecer, pues son minoría quienes —en el norte de España, en Bolivia y otras regiones sudamericanas— distinguen aún entre *cayo* y *callo*, entre *haya* y *halla*. El verbo *extóllere* desapareció, pero la doble *ele* de *callum* y *callem* se convirtió en la *elle* de *callo* y *calle*. Las palabras vulgares **caballu(m)* y **rotella* se parecen ya a *caballo* y *rodiella*.

En nuestra lista hay otras cuatro “fuentes” del sonido *ll*: 1) **plicare* produjo *llegar*, tal como *pluvia* y *plorare* produjeron *lluvia* y *llorar*; 2) **clamare* produjo *llamar*, tal como *clavem* produjo *llave* (y puede añadirse *flamma* > *llama*); 3) **oclum* y **oricla* se pronunciaban aproximadamente *OKLLU* y *OREKLLA* (el sonido *ll* no se conservó en este caso en español, pero sí en portugués); 4) **muliere(m)* y **tripaliare* seguramente se pronunciaban ya en latín vulgar *MULLERE* y *TREPALLARE* o *TREBALLARE* (también esta *elle* se conserva en portugués). La entrada de *ñ*, otro sonido inventado por el latín vulgar, tiene una historia parecida. Así como *cabal-lu* se pronunció *caballo*, así **nin-nu* se pronunció *niñu*; y así como la pronunciación de *muliere* estaba ya cerca de la de *muller*, así la de **vinia* y **ordiniare* debe haber andado ya cerca de la de *viña* y *ordeñar*.

El verbo **comedere* no es creación del latín vulgar: existía ya en latín clásico al lado de la forma simple *édere*, cuyo resultado normal hubiera sido un imposible verbo *er*; la carga significativa recayó, pues, sobre el prefijo *com-* (y *comedere* acabó por pronunciarse *comere*). Otras veces fueron los sufijos los que sirvieron de refuerzo: **aviola* y **tertiariu(m)*, por ejemplo, muestran la adición de los sufijos *-ola* y *-ariu*. El sufijo de

diminutivo *-ulus*, *-ula* que se ve en la palabra *rótula* (literalmente 'ruedecilla') dejó de ser productivo: en latín clásico, *vétulus* y *aurícula* eran diminutivos de *vetus* y *auris*, o sea que significaban 'viejecito' y 'orejita', pero en latín vulgar significaban simplemente 'viejo' y 'oreja'. (También *oveja*, *canijo*, *aguja* y muchas otras voces españolas proceden de diminutivos en *-ulus*, *-ula* que perdieron su fuerza de significación.) El sufixo de diminutivo que prosperó en latín vulgar fue *-ellus*, *-ella*: en vez de *rótula* se dijo **rotella*. (En tiempos de Probo se diría normalmente *passarellu*, donde ya aleteaba nuestro *pajarillo*.)

Al lado de las palabras del latín clásico que, con transformaciones como las que acaban de verse, siguieron vivas en el latín vulgar, hay en nuestra lista muchas que desaparecieron y fueron sustituidas por otras. Las transformaciones obedecen por lo común a "reglas" fáciles de formular, y así, generalizando, decimos que todas las sílabas *ce/ci* y *ge/gi* del latín clásico cambiaron de pronunciación en el vulgar, o que la *t* se hizo *d* en casos como *mutare* y *patrem* (**mudare*, *padre*), pero tuvo otra suerte cuando estaba seguida de *i* átona, como en **fortia* (FORTISIA), y hasta podemos asegurar que **pássaru* "debió" haberse transformado en *pasro* (o *parro*) y que **mure caecu* "debió" haberse quedado en *murciego*. En cambio, es imposible reducir a "reglas" el fenómeno de la desaparición de palabras y su sustitución por otras que antes no existían, o existían pero significaban algo distinto. Se trata de episodios aislados, impredecibles, sin conexión entre unos y otros. Pero podemos vislumbrar ciertas tendencias. Por ejemplo, en la creación de **altiare* y **fortia* (y en la consiguiente desaparición de *extóllere* y de *vis*) tiene que haber contado poderosamente la conveniencia de vincular ese verbo y ese sustantivo con los sólidos adjetivos *altus* 'alto' y *fortis* 'fuerte'. Pero ¿cómo explicar la aparición de **spatha*? ¿Esnobismo de los militares? La palabra *spatha* se tomó del griego, donde significaba 'pala' y también 'espada', aunque no cualquiera, sino 'la ancha y larga' como pala. En todo caso, el fenómeno que nos interesa aquí no es la simple adquisición de una palabra, puesto que todo vocabulario está en continuo proceso de crecimiento, sino el hecho de que esa *spatha* recién llegada haya dejado fue-

ra de combate a los clásicos *gladius* y *ensis* y haya quedado en toda la Romania como *la* designación general de 'la espada' (cualquiera: también la no larga ni ancha).

En algunos casos tiene que haber habido inicialmente una intención irónica o humorística. En vez de *domus mea* 'mi casa', dio en decirse *mea casa* 'mi cabaña' ('mi bohío', 'mi jacalito', 'mi humilde morada'), aunque fuera una casa hecha y derecha. En vez de *caput tuum* 'tu cabeza', dio en decirse *tua testa* 'tu cacharro' ('el pedazo de olla o de maceta que parece tener donde los demás tenemos la cabeza'). No deja de ser curioso que *testa* haya quedado como la designación normal de 'la cabeza' en casi toda la Romania: italiano *testa*, francés *tête*, etc. En español arcaico se dijo *tiesta* además de *cabeça* (que no viene del clásico *caput*, sino del vulgar *capitia*). De la misma manera, al principio **fabulare* era 'decir boberías o patrañas', 'parlotear'; **caballus* era el 'penco', el 'matolote'; y **rostrum* era 'el pico' de un ave, 'el hocico' de un cerdo.

Además de la intención chistosa —parecida a la de *testa* 'cabeza'—, puede descubrirse en **rostrum* uno como afán de precisión o de énfasis: el pico de un pájaro y el hocico de un puerco son 'rostros' en forma "prominente". Hay varios casos así en nuestra lista. Es razonable decir que la palabra **vota* suplantó a *nuptiae* porque el aspecto más sobresaliente de una boda son los compromisos que contraen los novios: **vota* acabó por significar 'la boda', pero en latín clásico significaba sólo 'las promesas' (cualesquier promesas). Para el concepto de 'llegar' se adoptó el verbo **plicare*, mucho más concreto y dramático que el neutral *pervenire* (compuesto de *venire*): *plicare* significaba propiamente 'arribar (por fin) a puerto', 'atracar'. Y **clamare* no era un 'llamar' así como así, sino un 'llamar a grito pelado'; *pitaccium* —palabra tomada del griego— no era *fragmentum* de algo, sino la 'tira que sobra', el 'colgajo'; **praecun(c)tare* —forma "incorrecta" que tomó el verbo clásico *percontari*— no era simplemente 'preguntar', sino 'someter a interrogatorio' como en una averiguación judicial; **serare* no era 'cerrar' de cualquier modo, sino con *sera*, o sea con 'cerrojo'; **rugitus* no era un genérico 'ruido', sino el ruido más impresionante, el que hiela la sangre, el 'rugido' del león; **quaerere* (pronunciado CUÉRERE, y luego KERÉRE) no era un simple

'querer algo', sino 'hacer indagaciones o búsquedas' para lograrlo. Una sustitución pintoresca es la de *invenire* por **afflare*, verbo que al principio denotaba el 'resoplar del perro al dar con la presa', un 'hallar' sobresaliente, ruidosamente expresivo. (El perro, viejo compañero del hombre, influyó también en la creación de los verbos *regañar* y *engañar*. El verbo *gannire*, que dio *gañir* en español, significaba en latín no sólo 'ladrar', sino también 'refunfuñar'. Para explicar la forma *regañar*, que originalmente significaba 'mostrar los dientes' en señal de enojo, hay que postular un verbo latino-vulgar *reganniare*, hecho a base de *gannire*. La forma *ingannare*, también procedente de *gannire*, y también hipotética, significaría primero 'ladrar', luego 'echar pullas', y finalmente 'burlar', 'engañar'.)

Las palabras *padre*, *madre*, *abuelo* y *abuela* son normales en todo el dominio actual de la lengua española. Hay, sin embargo, zonas —geográficas o sociales— en que es "más normal" sustituirlas por *papá*, *mamá*, *abuelito* y *abuelita*, al grado de sentirse malsonantes por duras (por carentes de matiz afectivo) las cuatro primeras. Así, la gente de Hispania se acostumbró a llamar **aviola* ('abuelita') a la *avia* ('abuela'), de tal modo que *avia* desapareció, cayó en desuso. De tanto imitar, al hablar con el niño pequeño, los balbuceos del propio niño —su *ne-ne*, su *ñe-ñe*, etc.—, se olvidó por completo la palabra clásica *puer*: el nombre del niño pasó a ser **ninnu(m)*. Así también, **cordáriu(m)* no fue al principio cualquier cordero, sino 'el tardío' (el más provocador de ternura), ni **jocu(m)* cualquier juego, sino el que consiste en 'broma', en 'chiste'. La palabra **germanu(m)* era al principio un adjetivo que significaba 'auténtico, verdadero'; *frater germanus* era el 'hermano genuino' (no el medio hermano, no el hermanastro); pero el adjetivo se sustantivó, y *germanu* y *germana* acabaron por no significar en Hispania otra cosa que 'hermano' y 'hermana': *frater* y *soror* quedaron en olvido, mientras que en Italia siguen viviendo en las formas *fratello* y *sorella*. (La *h-* de *hermano* es adventicia y nunca se pronunció; en la Edad Media se escribía *ermano*; en portugués es *irmão*.)

He aquí, por último, otros tres casos curiosos. El verbo **ordiniare* fue, a todas luces, invento de los ordeñadores, pues sólo para ellos podía ser

significativo el 'llevar el orden' de las cabras o vacas ordeñadas; el caso es que la gente fue olvidando el clásico verbo *mulgere* en favor del "tecnicismo" **ordiniare*. (El viejo *mulgere* subsiste en el portugués *mungir* y en el asturiano *esmucir*.) El verbo **tripaliare*, por su parte, tiene que haber sido invento de los trabajadores, en una época en que todos los trabajos duros eran realizados por inmensas muchedumbres de esclavos. El *tripalium* era un cepo o instrumento de castigo para esclavos insumisos, hecho de tres palos, como su nombre lo indica, y **tripaliare* era 'padecer el tormento del *tripalium*'. Pero, aun no castigados en el cepo, la vida de los esclavos era una tortura, y así **tripaliare* acabó por significar lo que en latín clásico era *laborare*: 'trabajar'. (Entre *tripaliare* y el moderno *trabajar* hay que situar una forma intermedia, *treballar*.) El verbo *tripaliare* se dijo en todo el imperio romano, al lado de *laborare*. Pero *labrar*, descendiente español de *laborare*, no significó ya 'trabajar', sino 'arar' (trabajo masculino prototípico) y 'bordar' (trabajo femenino prototípico). Finalmente, la palabra **matiana* nos muestra un fenómeno que parece más propio de los imperios mercantiles modernos que del viejo imperio romano. El nombre de la manzana era *malum*, pero un tratadista de agricultura, Caius Matius, contemporáneo de Cicerón, dio prestigio a cierto tipo de *malum* que en honor suyo —y quizá por razones de propaganda o mercadotecnia— se llamó *matianum*: los *mala matiana* (*mala* es plural de *malum*) eran al principio las manzanas "por excelencia", y acabaron por ser cualesquier manzanas. La pronunciación del latín vulgar, *MATSIANA*, era ya casi la de *maçana*, como se decía en español arcaico. (De manera no muy distinta, hacia 1930, todo gramófono o tocadiscos se llama *victrola*: originalmente, *Victrola* sólo había sido una de las varias marcas de gramófonos.)

En toda esta serie de sustituciones que hemos visto, desde **altiare* y **fortia* hasta **tripaliare* y **matiana*, hay un rasgo común: una como necesidad de mayor énfasis, de mayor expresividad. Brotan nuevas palabras porque las anteriores se sienten demasiado pálidas o neutrales: **pitaccium* es mucho más enfático que *fragmentum*, y **plicare* mucho más expresivo que *pervenire*. Pero, a la larga, lo que fue novedoso acaba por hacerse neutral a su vez; si toda una sociedad acoge la innovación, ésta

“se lexicaliza”, pasa a formar parte del léxico o diccionario común de la lengua. En los últimos años del latín, iniciada ya la llamada alta Edad Media, se difundió la leyenda de san Martín de Tours, el que partió en dos su capa (*cappa* en latín vulgar) y le dio la mitad a un pobre desnudo que resultó ser nada menos que Cristo; comenzaron entonces a levantarse, primero en Francia y luego en el resto de la cristiandad, iglesias y más iglesias, cada una de las cuales alardeaba de poseer la *cappella* o media capa (*cappella* es el diminutivo de *cappa*) con que el santo había remediado la desnudez de Cristo: tal es el origen de la palabra *capilla*. Pero al cabo de poco tiempo dejó de haber asociación entre una capilla y san Martín, como dejó de haberla muy pronto entre la manzana y el oscuro Caius Matius. (El primero que habló de un cielo *encapotado*, imaginó el cielo como una cara grandiosa cubierta con un gigantesco capote de nubes. Hoy, el adjetivo *encapotado* ha perdido toda expresividad; y además, los capotes se van haciendo raros.)

Veamos ahora algunos cambios morfológicos, comenzando con las formas verbales. El verbo latino clásico era una parte de la oración muy compleja, muy abundante en formas. En primer lugar, las conjugaciones no eran tres, como en español, sino cuatro, cada una con sus muchos tiempos verbales, marcados por sus respectivas desinencias. Y había desinencias no sólo para la voz activa, sino también para la voz pasiva: *amamus* ‘amamos’, pero *amámur* ‘somos amados’. Más aún: había una tercera voz, llamada “deponente”, pasiva por su forma y activa por su significado: pese a su desinencia *-ur* (de voz pasiva), *útimur* no quiere decir ‘somos utilizados’, sino ‘utilizamos’. El latín vulgar eliminó mucha de esa superabundancia y simplificó enormemente la maquinaria del verbo. Los gramáticos, como Probo, tuvieron amplia materia para sus censuras. Imaginemos que, en vez de “yo quepo, tú cabes...” y de “yo cupe, tú cupiste...”, muchos hablantes adultos dijeran en nuestros días “yo cabo, tu cabes...” y “yo cabí, tú cabiste...”, que es como dicen constantemente los niños en todo el mundo hispánico. Los gramáticos pondrían el grito en el cielo. Bien visto, las formas *yo cabo* y *yo cabí* son las preferibles: satisfacen ese como apetito de claridad, simplicidad, re-

gularidad y lógica, tan trabado con lo que llamaríamos instinto lingüístico. Los niños tienen razón. Sus padres y maestros, que hasta ahora hemos impedido que *yo cabo* y *yo cabí* se generalicen, estamos atentando contra la realidad lingüística en nombre de otra cosa, que llamamos “educación”. Pues bien: lo que nos muestra el latín vulgar es que la masa de los hablantes carecía colosalmente de “educación”; sus masivas “incorrecciones” invadían de tal manera el campo todo del verbo (habría que imaginar mil casos análogos al de *yo cabo*), que al fin la estructura clásica se vino al suelo. Pese a los clamores de los gramáticos, muchos verbos alteraron hasta la forma del infinitivo: *audere* se hizo **ausare*, *posse* se hizo **potere*, *uti* se hizo **usare* (y *útimur* fue sustituido por *usamus*, etc.). Desaparecieron del todo las flexiones de la voz pasiva (y de la deponente). Sólo se salvaron, y no en su totalidad, las desinencias verbales —modo, tiempo, número, persona— de la voz activa. En español, son apenas siete las formas que continúan las del latín clásico: *canto*, *canté*, *cantaba*, *cante*, *cantara*, *cantase* y *cantare* (y esta última, futuro de subjuntivo, de hecho ya es una forma muerta). Todas las otras proceden de las “incorrecciones” del latín vulgar. Por ejemplo, *cantaré* viene de la forma compuesta *cantare habeo*, literalmente ‘cantar tengo’, o sea ‘tengo que cantar’. (Todavía en el siglo XVI se sentía *cantaré* como forma compuesta, separable en sus dos elementos: *cantar* + *he*, del verbo *haber*. Se decía normalmente “cantarte *he* una copla”). Otras flexiones verbales del latín clásico se sustituyeron con el verbo *habere* + participio pasivo: en vez de *cantáveram* se dijo **habeba(m) cantatu(m)*, literalmente ‘tenía cantado’. Al mismo tiempo, el verbo *esse* ‘ser’ + participio se encargó de sustituir todas las desinencias de la voz pasiva: en vez de *amábar* se dijo *era(m) amatu(m)* ‘yo era amado’, etc. Por otra parte, en la mayor parte de Hispania quedó completamente desmantelada la tercera de las cuatro conjugaciones clásicas, cuyos verbos pasaron a la segunda (*légere* > **leyére*) o a la cuarta (*scribere* > **scribíre*).

Las flexiones nominales del latín clásico corrieron en el latín vulgar una suerte peor aún que las flexiones verbales. O, para decirlo desde un punto de vista positivo, los escolares de habla española que hoy sufren el “tripalium” del aprendizaje de nuestras tres conjugaciones (y de los

complicados verbos irregulares) debieran agradecerle al latín vulgar el haber casi arrasado con las cinco declinaciones clásicas de los sustantivos y adjetivos, cada una con seis y hasta siete "casos" del singular y otros tantos del plural, y una de ellas, la tercera, plagada de endiabladas variantes y excepciones. Las únicas desinencias que se salvaron fueron las de género y número.

Uno de los rasgos característicos del latín vulgar es su tendencia a decir analíticamente (en dos o más palabras) lo que el latín clásico decía sintéticamente (en una sola). Cicerón habría sonreído si alguna vez hubiera oído **olorem de rosa* en vez de *odorem rosae*. Para él, la función de genitivo estaba englobada en la desinencia *-ae*. En latín clásico, la simple *-e* de *íntegre* ya denotaba que la palabra era adverbio y no adjetivo. Así también, el *-ísimus* de *altísimus* y el *-ior* de *púlchrior* ya indicaban, respectivamente, grado superlativo y grado comparativo. En todos estos casos el latín vulgar tomó la vía analítica: **olore(m) de illa rosa*, **intégra mente* (o sea 'con intención entera'), **multu(m) altu(m)*, **magis formosu(m)*. (También en latín clásico existía *formosus* 'hermoso', pero el comparativo era, por supuesto, *formósior*.)*

* El latín vulgar no mantuvo con vida más que dos parejas de comparativos "sintéticos": *melior/peior* y *maior/minor* —o sea *meliore(m)/peiore(m)*, etc.—, que hasta la fecha no han perdido su fuerza: ser una cosa "mayor que" otra ha sido y sigue siendo lo mismo que ser "más grande", etc. Las parejas *anterior/posterior*, *interior/exterior* y *superior/inferior*, que murieron en latín vulgar, resucitaron con su plena forma latina en época relativamente moderna, pero con su fuerza comparativa bastante atenuada: no sólo no decimos que una cosa es o está "interior que" otra, sino que suelen oírse y leerse expresiones como "más interior" o "muy superior", inadmisibles para un gramático estricto, ya que, siendo *interior* 'más interno' y *superior* 'más alto', sería disparate decir 'más más-interno' y "muy más-alto". Es verdad que también *mejor/peor* y *mayor/menor* se usan a veces "incorrectamente" en el nivel popular o coloquial: no es raro oír que una cosa es "más mejor" que otra, o que fulano es "muy mayor" (ya Gonzalo de Berceo, en el siglo XIII, escribía *más mejor*). — Algunos comparativos clásicos se sustantivaron en latín vulgar y medieval: de *seniore(m)* 'más anciano' viene *señor*; de *priore(m)* 'más delantero' viene *prior*.

También fue tardía la readopción del *-ísimo* de nuestros superlativos sintéticos. En ellos se mantiene firme la fuerza superlativa: cuando oímos que algo es "muy sabrosísimo" o "tan altísimo", sabemos que se trata de expresiones anormales (exageraciones momentáneas). Lo mismo hay que decir de los pocos terminados en *-errimo*, como *pulquérrimo* (latín clásico *pulcherrimus* 'hermosísimo', correspondiente al comparativo *púlchrior*). Otros superlativos clásicos de adopción reciente son *ínfimus*, *ínimus*, *máximus/mínimus* y *óptimus/péssimus* (correspondientes a los comparativos *inferior*, *interior*, *maior/minor*

A propósito de **magis formosu(m)*, no estará de más recordar que nuestra lista recoge de preferencia los fenómenos ocurridos en Hispania. No en todas las regiones del imperio tuvieron éxito las mismas "incorrecciones". En todas partes se dijo **caballu(m)* en vez de *equus* y **oricla* en vez de *auris*, pero no en todas partes se impusieron **comédere* y **matiana*, por ejemplo. El italiano *nozze* y el francés *noces* muestran que no en todas partes desapareció *nuptiae* en favor de **vota*. Además, el auge arrollador del latín vulgar, aquello que hizo que las "incorrecciones" se convirtieran en "lo normal", contra la "norma" purista e inane de los gramáticos, coincide con esos siglos de inmensa conmoción política y social que presenciaron el resquebrajamiento y final colapso del imperio romano de Occidente. Roma fue haciéndose cada vez más impotente para afirmar su dominio en zonas ya ocupadas por los pueblos del norte, y la "norma" del latín hablado en la Urbe fue alejándose cada vez más de los usos de las Galias, de Panonia, de África, de Hispania, etc. En otras palabras: no hubo un latín vulgar, sino muchos. El latín de Italia mantuvo con el de la mitad meridional de Francia una relación más estrecha que con el de ninguna otra zona del imperio. Algunos han calificado este latín franco-italiano de "menos rústico" o "más metropolitano" que el de las demás zonas. Lo cierto es que la idea de 'más hermoso', en el latín vulgar de Italia y Francia, no se expresó con las palabras **magis formosu(m)*, sino con otras muy distintas: *plus bellus* (italiano *più bello*, francés *plus beau*). En la preferencia por **magis formosu(m)* nos acompaña el rumano (*mai frumós*). En la preferencia por **quaérere* nos acompaña el sardo, donde existe la arcaica forma *kérrere* (en cambio, italiano *volere*, francés *vouloir*). En la preferencia por **afflare* nos acompañan el dalmata *aflar* y el rumano *afla* (el latín franco-italiano adoptó una expresión más intelectual, *tropare*, de donde vienen *trovare* y *trouver*). Y en la preferencia por **fabulare* —o quizá más bien *fabellare*— nos acompaña, inesperadamente, el romanche, donde

se dice *fabellare* (latín *fabulare*). Algunos de ellos tienden a perder su fuerza superlativa: aunque los gramáticos pongan el grito en el cielo, son normales las expresiones "muy íntimo" y "el más mínimo detalle".

'hablar' se dice *favler* (el latín franco-italiano prefirió *parabolare*, de donde proceden *parlare* y *parler*).

Una última observación sobre el orden de las palabras dentro de la frase. En esto hubo siempre una gran distancia entre el latín literario y el latín coloquial. En el primero abunda el hipérbaton, o sea la interposición de material lingüístico entre dos términos relacionados por el sentido y la concordancia (caricaturescamente "en *una* de fregar cayó *caldera*" en vez de "cayó en una caldera de fregar"). Traducir a cualquier lengua moderna, no digamos a poetas como Virgilio y Horacio, sino a prosistas como Cicerón y Tácito, supone un previo esfuerzo (o un hábito) de reacomodo de las palabras. En el hermoso verso de Virgilio, "silvestrem tenui musam meditaris avena", están entreveradas una contra las expresiones *silvestrem musam*, 'la musa que vive en los bosques', y *tenui avena*, 'con una delgada flauta'. El latín coloquial nunca conoció esa refinada anarquía, y escritos tardíos como la regla monástica de san Benito (siglo VI) abandonan casi del todo los saltos sintácticos y reproducen ya, evidentemente, el orden llano que se usaba en la lengua hablada. La regla de san Benito dice, por ejemplo: "Ad portam monasterii ponatur senex sapiens, qui sciat accipere responsum et reddere, et cujus maturitas eum non sinat vagari". Añadiendo artículos y preposiciones donde hacen falta, esta oración puede traducirse palabra por palabra al español actual: "A la puerta del monasterio póngase un anciano sabio, que sepa recibir recados y darlos, y cuya madurez no lo deje divagar". La única alteración en el orden de las palabras es la del final, *eum non sinat* (primero el pronombre *eum* y luego la negación), traducido por *no lo deje* (primero la negación); pero en español antiguo se decía "lo non dexe".

LENGUA CULTA, LENGUA VULGAR Y LENGUA SEMICULTA

No hay que olvidar, sin embargo, que la regla de san Benito es un texto culto. Por más que su construcción o sintaxis se haya simplificado, los materiales de la construcción no están tomados de labios de la gente

italiana del siglo VI, sino de la tradición escrita. Comparado con la lengua hablada en ese siglo, el latín de san Benito es muchísimo más artificial que el lenguaje jurídico de hoy en comparación con el español común y corriente. Un reglamento persigue —o finge perseguir— la claridad, pero también la permanencia; por eso evita el terreno movedido y fluctuante del lenguaje hablado y se refugia —o pretende refugiarse— en una sintaxis y hasta un vocabulario más "hechos", más "consagrados", o sea más tiesos y académicos. (Por ejemplo, en los textos jurídicos de hoy persiste ese futuro de subjuntivo, "el que *impidiere* u *obstaculizare*...", que nadie en su sano juicio emplearía al hablar. Y aunque desde hace siglos todo el mundo dice *hoja*, sin pronunciar la *h*-, en el petrificado lenguaje notarial persiste el arcaísmo *foja*.) Cualquiera entiende la distancia que media entre todo lenguaje técnico y el habla de la gente, pero esa distancia está exageradísima en el latín de san Benito. Las palabras que se han leído siguen aferradas a unas normas de corrección que en esa época no practicaban sino quienes sabían leer y escribir. Comenzando con la palabra *porta* (siendo así que la gente decía *puorta*), todo ese latín es lenguaje escrito: subsiste la voz pasiva, que ya nadie usaba (en vez de *ponatur* 'sea puesto' se decía *sit pòsitum*, o más bien algo como *sia postu*), y subsiste también la voz deponente, que hacía mucho había quedado asimilada a la activa (no se decía ya *vagari*, sino *vagare*).

Ahora bien, en esos años en que la unidad lingüística del antiguo imperio romano está en pleno colapso, quienes saben leer y escribir son una minoría cada vez más pequeña —justamente la minoría cuyo ser y quehacer está instituyendo la regla de san Benito, fundador del monasticismo occidental. La escisión entre cultura "superior" y cultura popular, que en el siglo III equivalía *grosso modo* a la escisión entre patricios paganos y plebeyos cristianos (el cristianismo, "religión de esclavos"), se ha intensificado ahora, sólo que ahora los términos son otros. Los mantenedores de la integridad y la unidad del latín en sus formas escritas van a ser los monjes, mientras las masas populares de los países románicos hablan una lengua cada vez más alejada de la gramática y el vocabulario "correctos". Más de un siglo antes de san Benito, una mujer